

La odisea intelectual de Carlos Sabino

Francisco Pérez de Antón

Hace algunas semanas, la Facultad de Derecho de nuestra universidad entregaba a Carlos Sabino el reconocimiento al Autor Nacional del año y, a la salida del acto, le dije a Carlos algo así como «no sabía que vinieras de tan lejos».

Con ello quería referirme, no a que Carlos viniera de Argentina, que, por lejana, lo está tanto de nosotros como el Viejo Continente, ni tampoco de Venezuela, que no está precisamente a la vuelta de la esquina, sino a que su trayectoria intelectual se remontara a idearios tan distantes del liberalismo y el mercado como el marxismo y el anarquismo.

Su aventura personal, le comenté, tenía todos los ingredientes de una odisea, y su vida bien podía compararse a la de un Ulises que vagara por el continente americano en busca de una soñada isla de Ítaca.

Pero no pudimos seguir hablando. El público que le deseaba felicitar impidió que la charla continuara.

De aquel breve encuentro, no obstante, y de la lectura de *Todos nos equivocamos*, la dramática biografía de Carlos que hoy tengo el honor de presentar, me surgieron unas reflexiones sobre la vida y el destino que quisiera compartir hoy con ustedes.

La trayectoria intelectual de Carlos Sabino es un complejo itinerario que guarda gran parecido no sólo con el Ulises de Homero, sino con incontables personajes, reales o ficticios, que emprendieron alguna vez un viaje como el suyo. Es el caso de Luke Skywalker, Parsifal, El Cid, Jesucristo, Don Quijote, Robinson Crusoe, Colón, Bolívar, el Rey León o el cartero de Neruda, protagonistas todos ellos de vidas extraordinarias que nos agradan y conmueven porque ofrecen un retrato fidedigno, si bien en escala mayor, de nuestra propia experiencia vital.

La metáfora más acabada de la vida humana es el viaje, ese *recorrido simbólico*, pleno de incidencias y tropiezos, que registra la difícil andadura del ser humano en busca del conocimiento, el amor, la riqueza, la libertad o la luz. Y el viaje de Carlos se inscribe en el marco de esta bella alegoría, enriquecida y ampliada por el profesor Joseph Campbell, un célebre mitólogo norteamericano, autor de un no menos célebre libro titulado *El héroe de las mil caras*, texto en el cual demostraba que el héroe es siempre el mismo, por más que su aspecto difiera según la geografía o la cultura.

Descubrí este paralelismo entre Carlos y el héroe de Campbell a medida que leía *Todos nos equivocamos*. Y al cabo de la lectura decidí usar esa figura literaria del viaje, así como las etapas delineadas por el propio Campbell, para describir la dramática odisea intelectual que condujo un día a Carlos desde su Troya particular, la Troya del marxismo-leninismo, hasta la Ítaca de la libertad.

El viaje del intelectual no es muy distinto al del resto de las personas. La única diferencia, acaso, es que su peripecia no le lleva a un lugar concreto, sino al interior de sí mismo, a través de un largo proceso en el que, venciendo miedos y dudas, el intelectual va alterando o apartando viejas formas de pensar al tiempo que abre paso a nuevos y más elevados niveles de saber y de conciencia.

No es una empresa sencilla. El viaje del pensador es una búsqueda en pos de la coherencia, una aventura complicada y peligrosa de la que no todos salen con bien, debido al número de farsantes, embaucadores, oportunistas y vendedores de humo que uno va encontrando en el camino.

Tampoco es un viaje que se emprende por casualidad. La aventura intelectual no es posible si no se cuenta con el acicate del imperativo horaciano, desarrollado más tarde por Kant, del *sapere aude*, es decir, del atrévete a saber, atrévete a pensar, atrévete a tener el coraje de usar tu propia razón, de introducirte en el laberinto de tus dudas, de penetrar en la cueva de tus ignorancias. Y del mismo modo que el orden surge del caos, la coherencia intelectual aflora de esa natural confusión que, a la hora de encontrar respuestas, todos enfrentamos en las primeras etapas de nuestra vida. Y es una etapa confusa, porque a esa edad, la primera explicación que nos ofrecen del mundo nos parece buena... sólo hasta que alguien nos refiere otra distinta.

Pues bien, la peripecia de Carlos comienza con lo que Campbell denomina *el llamado a la aventura* y que podría traducirse también como el reclamo de la vocación, esa desconcertante e intraducible voz que, siendo jóvenes, nos convoca a un destino que ignoramos. Es algo a lo que nos tienen acostumbrados las ficciones, los mitos, el cine. El héroe, el protagonista del viaje, llámese Ulises o Luis, es presentado como una persona joven que vive una vida normal, sin mayores preocupaciones, hasta que un día, su padre, un maestro, un pícaro o alguien que ejerce sobre él alguna ascendencia, le dice que posee ciertas dotes para llevar a cabo una importante tarea en la vida.

El *willing hero*, como le llama Campbell, el héroe dispuesto a comprometerse con ese destino, necesita empero una especial energía para salir del mundo ordinario en que vive y viajar a un lugar ignorado y llena de peligros, al que desea sin embargo ir no importando el costo de la aventura.

Carlos siente ese llamado cuando tiene 15 años y todavía vive inmerso en una serie de lecturas que fecundan su mente con ideas maravillosas. «Sentí —nos cuenta— que una energía indomable me poseía, que quería construir mi propio destino contra todos los obstáculos que pudieran interponerse ante mis metas».

Este hecho, que en literatura se conoce con el nombre de incidente inicial o evento dislocador, puede tener, como el héroe, mil caras: la muerte de un familiar, el estallido de una guerra, el inconformismo con el mundo, el encuentro con el amor, el asedio de una enfermedad, el dolor de una perfidia o la invocación de una esperanza. Recuerde el lector su propia vida. Comprobará que su aventura personal, su viaje, empezó también así, e joven, con una incidencia o un suceso inesperado que cambió para siempre el rumbo de su confiada existencia.

El evento que disloca la vida de Carlos es un llamado a la justicia social. Pero también a ser actor, y no espectador, del gran teatro del mundo, y a participar en los inminentes cambios sociales que, allá por los años sesenta, conducían sin remedio a un paraíso en la tierra llamado socialismo. En la vida hay hombres que buscan y hay hombres que andan a lo que encuentran. Carlos pertenece al linaje de los primeros. Y su búsqueda significará a partir de ese llamado el propósito más importante de su vida.

Se transforma entonces en un *seeker*, como dice Campbell, en un buscador, un navegante, un Ulises del intelecto y de la vida. Las personas como él emprenden siempre un viaje en busca de un ideal justiciero, como don Quijote. De un arca perdida, como Indiana Jones. De un cáliz sagrado, como Parsifal. De la salvación de su país, como Juana de Arco. O de la conquista del mundo, como Alejandro el Grande. Cada generación trae aparejada su correspondiente séquito de inconformes y rebeldes. Y Carlos ha venido al mundo con esa inclinación natural a cambiar las cosas, así como con el intenso deseo de desarrollar al máximo el potencial que intuye en su espíritu.

No todos responden al llamado, claro está. Lo hace sólo una minoría. Y es verdad que el llamado puede ser un espejismo, pero, ¿cómo saberlo a esa edad en que la adolescencia concluye y la juventud comienza? ¿Quién, teniendo una personalidad inquieta y rebelde, no intenta enderezar lo que el pasado ha torcido? A Carlos le atormenta un coro de voces divergentes a las cuales no sabe cómo responder. ¿Es liberar a su país de la injusticia lo que le convoca? ¿Es la militancia política? ¿Es la ingeniería? ¿Son las humanidades? ¿Es la música?

Voces de sirenas son, sin duda. Y tan confusas como seductoras. La mayoría las hemos oído alguna vez. Son todas esas ideas que nos arrastran y hechizan cuando todavía no podemos pensar con claridad. Hay una solución, desde luego. Y es taparse con cera los oídos, como los compañeros de Ulises. Pero que rehuir el llamado puede ser desastroso. La esposa de Lot se convirtió en estatua por resistirse a abandonar Sodoma y desobedecer más tarde el mandato de no volver la vista atrás.

Es preciso, por tanto, salir. Hay que abandonar la aldea, la tribu, la familia. Hay que aventurarse en el mar so pena de convertirse en estatua o de perecer bajo el peso del quietismo y la mediocridad. Hay que atarse al mástil del navío, y escuchar las voces. Toda la cuestión radica en preguntarse a uno mismo, ¿eres un buscador o eres un conformista? ¿Vas a quedarte en la tribu, dejar que sean otros los que busquen las respuestas y conformarte con las que ellos encuentren? O, por el contrario, ¿te

atreverás a pensar, te atreverás a saber, te atreverás a usar tu juicio y a actuar por tu cuenta?

Estas preguntas conforman la primera encrucijada del viajero, o del *reluctant hero*, como le llama Campbell, del héroe renuente y sumido en las dudas. Carlos lo denomina el «desafío crucial», el cual ilustra con una cita de *La muerte de Artemio Cruz*, la novela de Carlos Fuentes, que muestra de manera precisa el ánimo que alienta al héroe momentos antes de partir:

«Sobrevivirás, Artemio Cruz: sobrevivirás porque te expondrás: te expondrás al riesgo de la libertad... elegirás entre los espejos infinitos uno solo, uno solo que te reflejará irrevocablemente, que llenará de una sombra negra los demás espejos».

El héroe está a punto de emprender ese metafórico viaje a una edad en la que, usando las palabras de Carlos, confundimos los signos y no interpretamos bien los datos de un mundo en el que empezamos a movernos, en gran medida, a ciegas. Carlos se ha rendido finalmente al canto de las sirenas y, seducido por la dulce tonada, abandona su casa y su familia y penetra en un mundo desconocido y peligroso, el de la militancia política, donde se habrá de convertir en un revolucionario de tiempo completo.

Campbell advierte que entrar en ese territorio suele dejar al héroe exhausto, frustrado y sin rumbo. Le sucede, por ejemplo, a don Quijote, tras su primera salida, de la que vuelve maltrecho; a Edmundo Dantés, cuando, a punto de casarse, es detenido injustamente por la policía; a Teseo, perdido en el laberinto de Creta Y también a Carlos Sabino, en un lugar llamado *La Matanza*, populoso barrio de Buenos Aires donde ejerce el proselitismo revolucionario. Allí habrá de descubrir que no es un hombre-masa ni una persona que acepte sin más la rígida disciplina de una organización política.

No era eso lo que Carlos buscaba. Y a causa de estos tropiezos iniciales, y con sólo 19 años, se lanza en pos de nuevos horizontes. La vida, el viaje, es una constante búsqueda. Y Carlos se vuelve a otros idearios, se convierte en estudioso de Nietzsche y empieza a militar en el peronismo.

La explicación de estos cambios quizás se encuentre en un drama de Antonio Gala titulada *¿Por qué corres Ulises?* Nausica, la joven enamorada del héroe griego y símbolo del amor sin esperanza, le pregunta un día: *¿Quién eres tú?* A lo que Ulises responde: *Un hombre a quien los dioses no dejan descansar.*

Y éste va a ser el signo de Carlos a lo largo de su vida, el de un hombre a quien no dejan descansar las exigencias de su espíritu y que, al igual que Ulises, habrá de navegar en medio de la adversidad y las dificultades, de las tormentas y los naufragios, y de la falta de escrúpulos de algunos compañeros de andadura. La inmoralidad del sistema que defiende y la perfidia de algunas camaradas le van a causar un profundo e irreversible desencanto que le marcará por el resto de su vida.

En el esquema de Campbell, éste es un momento crucial. Lo llama «la muerte del héroe» y simboliza el fracaso de la búsqueda a mitad del viaje. Y es que, para que el protagonista de la aventura se transforme, debe morir, esto es, debe entregar su viejo yo, su vieja conciencia. Y esto que es válido para la mayoría de las personas que emprenden ese viaje en busca del éxito, la riqueza o el amor, lo es sobre todo para el intelectual a la caza de una verdad que siente que se le escapa como agua entre los dedos.

Me apresuro a decir que es la crisis, pero no el climax de la aventura. Se trata sólo de ese momento en el que las cosas se nos ponen muy mal, un trance de la vida en que una poderosa tormenta desvía el rumbo de nuestro barco y lo lleva por una ruta diferente a la que habíamos previsto.

Son muy pocos los que se libran de una experiencia así. Observe el lector su vida, haga memoria. Descubrirá en ella uno o varios sucesos que le rompieron el corazón y que le dejaron una visible cicatriz, si no una llaga que sólo el tiempo podrá cerrar, si es que alguna vez se cierra.

No hay peor hora en la vida del viajero. Su nombre en griego es *sparagmos*, y quiere decir desmembramiento, desgarradura, un hecho que las ficciones y los mitos subrayan con frecuencia. Recuérdese el dolor de Luke Skywalker cuando descubre que Darth Vader es en realidad su padre. O el de Edipo, cuando le dicen que ha matado a su padre y ha yacido con su madre. O el del joven Werther, cuando descubre que la bella Lotte, en realidad, no le ama.

Pero son tal vez las historias de la Biblia las que mejor describen este difícil momento. Recordemos a Jonás, perdido en el vientre de la ballena. A Job, abandonado de todos en el muladar. A Adán y Eva, expulsados del Paraíso. O a Luzbel, el ángel rebelde, ahrojado a los infiernos.

En las ficciones y los mitos, el desgarrón no pasa de ser lo que es, una enseñanza. En la vida real, empero, ese brutal desencanto, ese parteaguas de la existencia es una herida abrasadora que puede durar toda una vida. El *sparagmos*, la desgarradura, es el mayor desafío de ese viaje que es la vida, un reto que es preciso superar para seguir viviendo, un trance necesario para que el héroe renazca y un aprendizaje primordial para lo que resta del camino.

Carlos sufre ese desgarrón cuando tiene 25 años. Algo ha muerto en su interior, algo que va a dar otro norte a su intelecto y su existencia. Ha descubierto que su personalidad no tiene cabida en ese mundo de intrigas, embustes y deslealtades que ha vivido hasta esa hora. La violencia ha hecho, además, su aparición en la Argentina y, a consecuencia de todo ello, decide estudiar una profesión y buscar un trabajo estable.

Será éste un período de su vida durante el cual adquiere una mayor confianza en sí mismo, pero en el que, como él mismo confiesa, se siente *descolocado*. El desgarrón ha

hecho de él un *in-betweener*, vale decir, un poblador de esa tierra de nadie donde no viven los que están con nosotros, pero tampoco los que están contra nosotros.

Se ve a sí mismo con un lobo estepario, usando el título de la novela de Herman Hesse, obra de culto para los jóvenes rebeldes de aquellos años. Pero no abandona el socialismo. Hay un modelo de sociedad que le atrae: el que propone Salvador Allende, en Chile. Y hacia allí orienta ahora su navío.

No será el paraíso que espera, no obstante lo que allí aprende. En Chile vivirá la reforma agraria, las nacionalizaciones de empresas, el rápido deterioro económico, la escasez, las colas, la inflación, las tensiones políticas. Allí será testigo, en fin, del fracaso de un sistema socioeconómico que solo funciona bien para quienes lo operan.

Carlos ha cumplido 29 años. Y si bien la desgarradura aún le hiere, es una persona distinta. Sus ideas políticas y económicas, así como sus actitudes hacia la vida y el mundo han empezado a cambiar. Ha descubierto el verdadero rostro del socialismo y no desea militar más en el sistema. Las revoluciones que ha vivido sólo han servido para reemplazar una casta de privilegiados por otra, Y de primera mano ha aprendido que los principios que sirven para hacer una revolución no se usan a la hora de gobernar.

Nuestro autor se vuelca entonces hacia el trabajo intelectual, hacia su familia y los estudios. Necesita tiempo para hallar coherencia entre la realidad que tiene ante sí y las teorías que aún sostiene.

El resultado de esa reflexión será un nuevo atajo. Y así, de creer que el Estado es la única solución a los problemas del mundo, pasa a jugar con la idea de que la única solución para el mundo es la disolución del Estado, una etapa de su vida y de su viaje en la cual simpatizará con el ideario anarquista.

Cuando llegué a este pasaje de *Todos nos equivocamos*, sonó en mi memoria una campana que me regresó al tiempo en que leía con obsesión al *enemigo*, como yo llamaba al socialismo teórico durante los años más duros de nuestra confrontación ideológica. Me dirigí rápidamente al anaquel donde se alineaban los libros de Marx, Engels, Lenin, Bakunin, Proudhon, Bujarin, Mao, Gramsci y compañía, y extraje de entre ellos uno que me había interesado sobremanera treinta años atrás.

Su título era *Socialismo autoritario, socialismo libertario*, una colección de textos de Marx y Bakunin que recogían el histórico debate y la ruptura en La Haya, en 1872, de estas dos grandes corrientes socialistas. Y al hojearlo de nuevo, tuve la impresión de que su título describía en una sola línea —*Socialismo autoritario, socialismo libertario*— el entrevero intelectual en el que se había encontrado alguna vez Carlos Sabino. Pero esto necesita alguna glosa.

Los dos socialismos de que hablo, el *autoritario* de Carlos Marx y el *libertario* de Mikhail Bakunin, pretendían alcanzar el reino de la libertad mediante la disolución del Estado (como se sabe, Marx no tiene una teoría del Estado, es Lenin quien la desarrolla). Ambos pensadores estaban convencidos de que, una vez liberadas de su servidumbre al capitalismo, las fuerzas productivas «*harían fluir con abundancia los manantiales de la riqueza colectiva*».

El problema estaba en los medios. Marx pretendía un Estado con poderes absolutos mientras se hacía la transición de un sistema a otro, solución que horrorizaba a Bakunin y que habría de provocar su expulsión de las filas de la Primera Internacional Socialista.

Esto dicho, me parece asimismo necesario hacer una acotación adicional. El liberalismo político tiene una vena ácrata indiscutible, es decir, una inclinación genética a restar poderes al Estado. Y quien haya leído *La libertad*, de Mikhail Bakunin, habrá encontrado en esa obra la cuerda común de ambas guitarras, la liberal y la libertaria.

A los liberales nos horroriza el Estado, pero no hasta el punto de prescindir de él. Ésta es la gran diferencia con la filosofía anarquista, que pretende la eliminación del Estado. Ahora bien, es muy posible que la libertad individual, tal y como la concibe el anarquismo, y tan cercana en sustancia a la libertad liberal, llamara la atención de Carlos, quien, justo en esa etapa de su búsqueda, vivía en carne propia la misma crisis que un siglo atrás habían vivido Marx y Bakunin en La Haya, cuando socialismo autoritario y socialismo libertario intentaban llegar a un acuerdo, cosa que sería imposible pues su dos grandes gurús, Marx y Bakunin, se odiaban a muerte.

No sé si Carlos conoce estos textos. Me imagino que sí. En todo caso, me gustaría referir que luego de la ruptura con Marx, Mikhail Bakunin, ya retirado en Suiza, escribió una serie de cartas a sus correligionarios españoles e italianos en las cuales exponía las razones de la división del socialismo en dos ramas: la *totalitaria*, que habría de perdurar, y la *libertaria*, que terminaría agotada. Y al examinar de nuevo esas cartas, encontré en una de ellas, dirigida a los anarquistas de la Romagna, esta frase del gran teórico anarquista: *Todos nos equivocamos*.

La coincidencia con el título del libro de Carlos no deja de ser curiosa ya que, en esa misiva, Mikhail Bakunin confesaba, lo mismo que Carlos nos confiesa en sus memorias: el error de haber confiado en la «secta marxista» como la llamaba Bakunin.

Todo ello me hizo sospechar si no sería, como digo, el componente liberal del ideario anarquista, un matiz que siempre es preciso hacer, pues los libertarios son por definición anarquistas (los liberales somos otra cosa), digo que fue tal vez ese componente tangencial el que debió de acercar a Carlos al liberalismo político y económico de nuestros días.

Así y todo, Carlos habría de permanecer aún veinte años en la cueva de Polifemo, sintiendo como en su mente se iban deshilvanando poco a poco sus viejas

convicciones. En esos años vivirá en el Perú otra revolución, calificada por los militares que la inician como un socialismo de rostro cristiano. Y sólo le faltó vivir las de El Salvador y Nicaragua, así como el drama de Guatemala, para que su alejamiento fuese más acelerado.

En todo caso, la muerte del héroe está a punto de producirse, pero también su resurrección, como diría Campbell.

Resucitar, renacer, sobrevivir a la muerte, es uno de las fábulas más queridas de la mitología universal. Rara es la cultura que no la perpetúe y la mantenga. Y con razón. Renacer es transformar nuestro yo, entrar en armonía con la vida, con el mundo y con nosotros mismos, el último recurso que le queda al héroe para reemprender su marcha y triunfar sobre el mal, el engaño o la perfidia.

Con 30 años de edad, Carlos está a punto de iniciar ese cambio cuando decide emigrar del Perú a Venezuela. Y será allí donde descubra a Adam Smith, a David Ricardo, a John Stuart Mill, a Hayek, a Friedman y a otros grandes pensadores del liberalismo moderno.

Es 1974 y todavía buena parte de los intelectuales del mundo piensa que el socialismo es el futuro de la humanidad. Pero Carlos ha empezado a entender. Sus vivencias en Venezuela le inducen a aceptar las ventajas de un sistema político-económico que, aun manoseado e imperfecto, es visiblemente superior a los otros experimentos que ha vivido. Y será en Caracas donde su desgarradura se cierre y su vida alcance la serenidad y la coherencia que buscaba de joven en su Argentina natal.

Hay un refrán que aprendí siendo niño y que hace referencia a un raro animal que ni siquiera sé si existe. Tampoco sabría decir si el dicho en cuestión se usa o no en la Argentina, pese a que parece proceder de allá. Me refiero a la gallina de la Pampa, de la cual se dice que pone el huevo en un lugar, pero cacarea en otro. Y yo tengo para mí que esa gallina no es otra cosa que el socialismo nuestro de cada día, ese que cacarea en la prensa, en las tribunas y en los púlpitos, pero vaya usted a saber donde pone su bendito huevo.

Carlos sabe bien que en ninguna parte. Y esto es algo que nadie le puede rebatir. A él no se le puede engañar, pues lo ha visto y lo ha vivido. La tal gallina no es más que una ponedora fracasada. Y éste este me parece a mí el elixir del viaje de Carlos.

Uso la palabra elixir, en lugar de conclusión o desenlace, porque así es como denomina Campbell la enseñanza que se extrae de esa odisea vital que todos emprendemos con mayor o menor fortuna. El héroe ha sobrevivido a los cantos de sirena, a las estafas culturales, a las traiciones, a las ordalías, a las pruebas, y se dispone a iniciar una nueva vida, compartiendo las experiencias adquiridas en su insólita aventura.

El elixir que ha traído el héroe de su viaje es justamente el saber que enriquece y fecunda la vida de quienes emprenden hoy su odisea personal. El héroe, dice Campbell, es ahora un *maestro de dos mundos*: el viejo que dejó atrás y el nuevo que conquistó durante el viaje y domina. Y los hombres que la historia convirtió en arquetipos de este doble saber constituye una pléyade ejemplar y numerosa.

Citemos por ejemplo a San Agustín, miembro activo de la secta maniquea, transformado nada menos que en Padre de la Iglesia. A Pablo de Tarso, un perseguidor de cristianos que habría de convertirse en el gran teólogo del cristianismo. A Martín Lutero, el disidente que se separó de su fe para reformarla y generar un cristianismo nuevo. Y a Hayek, Röpke, Lord Robbins, Vargas Llosa, Eudocio Ravines, y desde luego a Carlos Sabino, un personaje ciertamente fáustico, un hombre a quien su energía de espíritu y su esfuerzo le llevarían hasta la filosofía de la libertad, en la cual encontraría, al cabo de su viaje, la coherencia intelectual que se exigió a sí mismo desde que era muy joven.

Carlos viene, pues, de muy lejos, como decía al principio. Y conocerle y leer sus memorias es saber que su peregrinaje ha sido difícil. Pues, si bien las ideas anidan con rapidez en nuestra mente, se van de ella con pereza, como el propio Carlos explica en estos párrafos reveladores de sus memorias:

Ningún cambio ideológico es un proceso lineal, sencillo, donde unas ideas son reemplazadas por otras diferentes... No es fácil decir no, no es cierto lo que pensaba ayer... En el pensar se entrelazan sentimientos, expectativas, recuerdos... El pensamiento cambia, sin duda, pero no de un modo tan ordenado y claro como uno quisiera. Se modifica como lo hace la Tierra, en lentos movimientos telúricos, capaces de levantar montañas y de crear océanos... Las contradicciones, las lagunas, hasta las confusiones y los retrocesos son propios de esta geología mental, de ese lento discurrir que se desenvuelve en contacto con la realidad y con el pensamiento de otros.

Los hombres como Carlos llevan impreso el mandato de escapar a su destino. Y el suyo es un ejemplo de que las personas pueden cambiar el rumbo de su vida, si se lo proponen. Carlos es en este sentido un paradigma de liberación personal, pero también un mapa viviente de lo ocurrido en América latina durante el último medio siglo.

Escritas con una admirable sinceridad y el ameno estilo a que acostumbra, sus memorias no cuentan únicamente la aventura de un intelectual de muchos quilates, sino que reseñan también el recorrido ideológico de un continente que no ha logrado alcanzar la Ítaca prometida y en el que miles de intelectuales continúan inmersos en las mismas arenas movedizas de las que Carlos logró escapar. De ahí que vuelvan las dictaduras (ahora legalizadas), los populismos exacerbados, los socialismos refritos y demás experimentos estériles.

No es que no haya inteligencia. Por supuesto que la hay. Y en abundancia. Lo que ocurre es que, como advierte José Antonio Marina, la inteligencia fracasa cuando es

incapaz de comprender lo que pasa y lo que nos pasa, cuando se equivoca sistemáticamente, cuando emprende metas disparatadas, se empeña en usar medios ineficaces o desaprovecha las ocasiones de salir del atolladero en que se ha metido.

Con sencillez y sin alardes, Carlos nos cuenta este drama, tan parecido al de Sísifo, en estas memorias cuya lectura recomiendo encarecidamente.

Hay algo en ellas, no obstante, que me gustaría destacar por encima de su contenido. Y es la honradez y la sinceridad con que Carlos narra su aventura, cosa que se desprende de su deseo de no silenciar pasajes y hechos que otros callarían por pudor.

Carlos no estudió humanidades, que es lo que deseaba de joven, pero nada humano le es ajeno. Y esto es de agradecer, pues, por lo que dejamos de nosotros mismos en nuestras obras, mucho más que por el arte con que lo contamos, los escritores podemos ayudar a construir una humanidad mejor y un mundo más habitable. Carlos sabe esto muy bien. Pero en el caso de que no lo sepa, decírselo en esta ocasión acaso sea el mejor homenaje que a un intelectual de su talla se le puede hacer en vida.

Francisco Pérez de Antón

Universidad Francisco Marroquín,

Guatemala, 25 de octubre de 2007.